

➤ *Cuaresma, 5º Domingo Año C. La conversión tiene dos aspectos: ruptura con el pasado para vivir la vida nueva en Cristo. Esto aparece claramente en las tres Lecturas de hoy: A: “No recordéis las cosas pasadas, voy a realizar algo nuevo”; B: “olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama”; C: “Vete y no peques más”.*

❖ Cfr. 5º Cuaresma Ciclo C 21/03/10 - Isaías 43, 16-21; Filipenses 3, 8-14; 8, 1-11
Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Anno C, Piemme 1999, pp. 92-97

LA CONVERSIÓN ES RUPTURA CON EL PASADO PARA VIVIR LA VIDA NUEVA EN CRISTO

1. De las Lecturas de la Misa

- **A. 1ª Lectura (Isaías 43,16-21): No recordéis las cosas pasadas, voy a realizar algo nuevo.**

(...) 18 “No recordaréis las cosas pasadas, no pensaréis en las cosas antiguas. 19 Mirad que voy a hacer cosas nuevas; ya despuntan ¿no os dais cuenta? Voy a abrir camino en el desierto, y ríos en la estepa”.

- **El profeta empuja hacia algo que está naciendo - La conversión, lleva a un corte con el pasado para emprender un nuevo camino.**

• **Cfr. Ravasi o.c. p. 95:** El profeta canta la vuelta del pueblo de Israel a Jerusalén al acabar el exilio de Babilonia; se trata de un «segundo éxodo». El profeta recuerda en los vv. 16 y 17 el grandioso paso del mar Rojo (Así dice el Señor, el que abrió un camino en el mar, una senda en las aguas impetuosas ...). Ahora no pasarán de nuevo por el Mar Rojo, sino que atravesarán el desierto para volver al hogar que abandonaron en el 586 a.C. con la destrucción de Jerusalén por el ejército de Babilonia, y que se prolongó hasta el 538 a.C. cuando Ciro el rey de Persia decretó la liberación de los hebreos. Será una nueva liberación.

“Los hebreos de Babilonia tienen en su pasado los fulgores de las llamas que incendiaban la ciudad santa, los gritos de los moribundos, la sangre de las víctimas. Ahora están a punto de dejar la tierra del exilio donde se habían adaptado y resignado. Existe, pues, la atracción de la nostalgia o tal vez el terror del pasado oscuro que bloquea al hombre, haciéndolo incapaz de esperar, de aguardar, de hacer proyectos. El profeta, sin embargo, anuncia un grande viraje, provoca un movimiento en el cansancio y en la inercia, empuja hacia «algo nuevo» que está naciendo. La conversión se da precisamente en el corte neto con el pasado y en el emprender un nuevo camino. La imagen simbólica de la mujer de Lot es una lección para muchos cristianos: volver la mirada hacia atrás es la raíz de la muerte.”

- **B. 2ª Lectura (Filipenses 3, 8-14). San Pablo. Olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama por Cristo Jesús.**

“8 Considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. 13 (...) 13 olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, 14 correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama desde lo alto por Cristo Jesús”.

- **Olvido lo que queda atrás mirando a Cristo Jesús: todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor (San Pablo).**

La mirada del cristiano se alarga hacia el encuentro con Cristo, hacia la vida divina.

• Ravasi, o.c. pp. 95-96: “Como en el libro de Isaías, pasado y futuro se presentan como antítesis y se hace una llamada para emprender una carrera con el fin de alcanzar el nuevo horizonte que hay de frente a nosotros. La novedad está en la definición de la meta. Para el profeta se trataba de volver a ocupar y habitar en la tierra de los padres. Sin embargo, para Pablo es la patria definitiva cuya capital es la Jerusalén celeste. El cristiano, efectivamente «no tiene aquí ciudad permanente» (Hebreos 13,14). Su mirada se alarga hacia el encuentro con Cristo, hacia la vida divina: «que vuestra fe y vuestra esperanza se dirijan hacia Dios» (1 Pedro 1,21)”.

- **Todo es pérdida ante la nueva vida en Cristo.**

- Benedicto XVI, Pablo de Tarso, apóstol por vocación, Catequesis del 25/10/2006: En estas palabras de Pablo a los Filipenses encontramos como una especie de resumen de la vida del Apóstol. Presenta su vida en los vv. anteriores (3, 5-6), exponiendo los títulos por los que él consideraba que había sido un cumplidor de la ley de Dios: “fui circuncidado al octavo día, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, y, ante la Ley, fariseo; a causa del celo por ella, perseguidor de la Iglesia. En lo que se refiere a la justicia de la Ley, llegué a ser irreprochable”. Como se ve, Pablo hace una lista de características religiosas que le autorizan en el judaísmo para estar orgulloso de su situación ante Dios y seguro. Hasta tal punto que cuando encuentra a la comunidad de cristianos que se profesaban discípulos de Jesús que no ponían “en el centro la Ley de Dios, sino la persona de Jesús, crucificado y resucitado, a quien se le atribuía la remisión de los pecados” como judío celoso que era “consideraba este mensaje inaceptable, es más, escandaloso, y sintió el deber de perseguir a los seguidores de Cristo incluso fuera de Jerusalén”.

“Sin embargo - añade en los vv. siguientes (7-11) – cuanto era para mí ganancia, por Cristo lo considero como pérdida. Es más, considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, Mi señor”. Y especifica: “todas las cosas son basura con tal de ganar a Cristo y vivir en Él” meta que se consigue no por las obras de la Ley sino por la fe en Cristo; y también precisará que lo importante es conocer a Cristo y la fuerza de su resurrección, participando en sus padecimientos y asemejándonos a Él en su muerte para alcanzar la resurrección de los muertos.

- **«Alcanzado» por Cristo Jesús**

- Pablo explica esa conversión a Cristo con una expresión que encontramos en el v. 12 de la Carta a los Filipenses. Pablo afirma que él fue *«alcanzado por Cristo Jesús»*. Así comenta este hecho Benedicto XVI:

La conversión no es fruto de bonitos pensamientos, sino de una intervención divina.

Precisamente, en el camino hacia Damasco, a inicios de los años treinta, Saulo, según sus palabras, fue «alcanzado por Cristo Jesús» (Filipenses 3, 12). Mientras Lucas cuenta el hecho con abundancia de detalles --la manera en que la luz del Resucitado le alcanzó, cambiando fundamentalmente toda su vida-- en sus cartas él va directamente a lo esencial y habla no sólo de una visión (Cf. 1 Corintios 9,1), sino de una iluminación (Cf. 2 Corintios 4, 6) y sobre todo de una revelación y una vocación en el encuentro con el Resucitado (Cf. Gálatas 1, 15-16). De hecho, se definirá explícitamente «apóstol por vocación» (Cf. Romanos 1, 1; 1 Corintios 1, 1) o «apóstol por voluntad de Dios» (2 Corintios 1, 1; Efesios 1,1; Colosenses 1, 1), como queriendo subrayar que su conversión no era el resultado de bonitos pensamientos, de reflexiones, sino el fruto de una intervención divina, de una gracia divina imprevisible. A partir de entonces, todo lo que antes constituía para él un valor se convirtió paradójicamente, según sus palabras, en pérdida y basura (Cf. Filipenses 3, 7-10). Y desde aquel momento puso todas sus energías al servicio exclusivo de Jesucristo y de su Evangelio. Su existencia se convertirá en la de un apóstol que quiere «hacerse todo a todos» (1 Corintios 9,22) sin reservas.

- **Esta vida nueva en Cristo es la vida característica de los discípulos de Cristo, meta a la que lleva la conversión. La identidad del cristiano se caracteriza esencialmente por el encuentro, por la comunión con Cristo y su Palabra.**

- Benedicto XVI, Pablo de Tarso, apóstol por vocación, Catequesis del 25/10/2006:

Lo que cuenta es poner en el centro de la propia vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice esencialmente por el encuentro

“De aquí se deriva una lección muy importante para nosotros: lo que cuenta es poner en el centro de la propia vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice esencialmente por el encuentro, la comunión con Cristo y su Palabra. Bajo su luz, cualquier otro valor debe ser recuperado y purificado de posibles escorias. Otra lección fundamental dejada por Pablo es el horizonte espiritual que caracteriza a su apostolado. Sintiendo agudamente el problema de la posibilidad para los gentiles, es decir, los paganos, de alcanzar a Dios, que en Jesucristo crucificado y resucitado ofrece la salvación a todos los hombres sin excepción, se dedicó a dar a conocer este Evangelio, literalmente «buena noticia», es decir, el anuncio de gracia destinado a reconciliar al hombre con Dios, consigo mismo y con los demás. Desde el primer momento había comprendido que ésta es una realidad que no afectaba sólo a los judíos, a un cierto grupo de hombres, sino que tenía un valor universal y afectaba a todos”.

- **¿Cómo tiene lugar el encuentro de un ser humano con Cristo? Hay dos momentos¹.**

¹ Benedicto XVI, Pablo: Jesucristo, centro de su vida, Catequesis del 8/11/2006

Primer momento: somos justificados por el don de la gracia de Dios, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús; una nueva orientación: vivo la vida en la fe del Hijo de Dios.

“En primer lugar, Pablo nos ayuda a comprender **el valor fundamental e insustituible de la fe**. En la Carta a los Romanos escribe: «Pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley» (3, 28). Y en la Carta a los Gálatas: «el hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo, por eso nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado» (2,16). «Ser justificados» significa ser hechos justos, es decir, ser acogidos por la justicia misericordiosa de Dios, y entrar en comunión con Él, y por tanto poder establecer una relación mucho más auténtica con todos nuestros hermanos: y esto en virtud de un perdón total de nuestros pecados. Pues bien, Pablo dice con toda claridad que **esta condición de vida no depende de nuestras posibles buenas obras, sino de la pura gracia de Dios**: «Somos justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Romanos 3, 24).

Con estas palabras, san Pablo expresa **el contenido fundamental de su conversión**, la nueva dirección que tomó su vida como resultado de su encuentro con Cristo resucitado. **Pablo, antes** de la conversión, no era un hombre alejado de Dios ni de su Ley. Por el contrario, era un observante, con una observancia que rayaba en el fanatismo. Sin embargo, **a la luz del encuentro con Cristo** comprendió que con ello sólo se había buscado hacerse a sí mismo, su propia justicia, y que con toda esa justicia sólo había vivido para sí mismo. **Comprendió que su vida necesitaba absolutamente una nueva orientación**. Y esta nueva orientación la expresa así: «la vida, que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2, 20).

Pablo, por tanto, ya no vive para sí mismo, para su propia justicia. Vive de Cristo y con Cristo: dándose a sí mismo; ya no se busca ni se hace a sí mismo. Esta es la nueva justicia, la nueva orientación que nos ha dado el Señor, que nos da la fe. ¡Ante la cruz de Cristo, expresión máxima de su entrega, ya no hay nadie que pueda gloriarse de sí, de su propia justicia! En otra ocasión, Pablo, haciendo eco a Jeremías, aclara su pensamiento: «El que se gloríe, gloríese en el Señor» (1 Corintios 1, 31; Jeremías 9,22s); o también: «En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!» (Gálatas 6,14).”

Segundo momento/elemento de la vida cristiana: revestirse de Cristo y entregarse a Cristo, para participar en la vida del mismo Cristo, compartiendo así también su muerte.

“Al reflexionar sobre lo que quiere decir no justificarse por las obras sino por la fe, hemos llegado al segundo elemento que define la identidad cristiana descrita por san Pablo en su propia vida. Identidad cristiana que se compone precisamente de dos elementos: no buscarse a sí mismo, sino revestirse de Cristo y entregarse con Cristo, y de este modo participar personalmente en la vida del mismo Cristo hasta sumergirse en Él y compartir tanto su muerte como su vida”.

▪ **Bautizados en Cristo: muertos al pecado y vivos para Dios.**

“Pablo lo escribe en la Carta a los Romanos: «Fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte... Fuimos con él sepultados... somos una misma cosa con él... Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6, 3.4.5.11). Precisamente esta última expresión es sintomática: para Pablo, de hecho, no es suficiente decir que los cristianos son bautizados, creyentes; **para él es igualmente importante decir que ellos «están en Cristo Jesús»** (Cf. también Romanos 8,1.2.39; 12,5; 16,3.7.10; 1 Corintios 1, 2.3, etcétera).

En otras ocasiones invierte los términos y escribe que «Cristo está en nosotros/vosotros» (Romanos 8,10; 2 Corintios 13,5) o «en mí» (Gálatas 2,20). Esta compenetración mutua entre Cristo y el cristiano, característica de la enseñanza de Pablo, completa su reflexión sobre la fe. La fe, de hecho, si bien nos une íntimamente a Cristo, subraya la distinción entre nosotros y Él. Pero, según Pablo, **la vida del cristiano tiene también un elemento que podríamos llamar «místico», pues comporta ensimismarnos en Cristo y Cristo en nosotros. En este sentido, el apóstol llega a calificar nuestros sufrimientos como los «sufrimientos de Cristo en nosotros»** (2 Corintios 1, 5), de manera que «llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Corintios 4,10)”.

▪ **La fe: a) actitud constante de humildad ante Dios, de adoración y de alabanza; b) la radical pertenencia a Cristo infunde una actitud de total confianza y de inmensa alegría.**

“Todo esto tenemos que aplicarlo a nuestra vida cotidiana siguiendo el ejemplo de Pablo que vivió siempre con este gran horizonte espiritual. **Por una parte, la fe debe mantenernos en una actitud constante de humildad ante Dios, es más, de adoración y de alabanza en relación con Él.** De hecho, lo que somos como cristianos sólo se lo debemos a Él y a su gracia. Dado que nada ni nadie puede tomar su lugar, es necesario por tanto que a nada ni a nadie rindamos el homenaje que le rendimos a Él. **Ningún ídolo** tiene que contaminar nuestro universo espiritual, de lo contrario en vez de gozar de la libertad alcanzada volveremos a caer en una forma de esclavitud humillante. **Por otra parte,** nuestra radical pertenencia a Cristo y el hecho de que «estamos en Él» tiene que infundirnos una actitud de total confianza y de inmensa alegría.

En definitiva, tenemos que exclamar con san Pablo: «Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8, 31). Y la respuesta es que nada ni nadie «podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8,39). Nuestra vida cristiana, por tanto, se basa en la roca más estable y segura que puede imaginarse. De ella sacamos toda nuestra energía, como escribe precisamente el apóstol: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Filipenses 4,13).

Afrontemos por tanto nuestra existencia, con sus alegrías y dolores, apoyados por estos grandes sentimientos que Pablo nos ofrece. Haciendo esta experiencia, podemos comprender que es verdad lo que el mismo apóstol escribe: «yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día», es decir, hasta el día definitivo (2 Timoteo 1,12) de nuestro encuentro con Cristo, juez, salvador del mundo y nuestro”.

o **Benedicto XVI, 21 de febrero de 2007, Miércoles de Ceniza**

- **Convertirse no es un esfuerzo para realizarse uno mismo, porque el ser humano no es el arquitecto del propio destino, porque dependemos totalmente de Dios.**

Pero, ¿qué es en realidad convertirse? Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, Jesucristo; convertirse no es un esfuerzo para realizarse uno mismo, porque el ser humano no es el arquitecto del propio destino. Nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, la autorrealización es una contradicción y es demasiado poco para nosotros. Tenemos un destino más alto. Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse en «creadores» de sí mismos, descubriendo de este modo la verdad, porque no somos autores de nosotros mismos.

Conversión consiste en aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios, nuestro verdadero Creador, que dependemos del amor. Esto no es dependencia, sino libertad. Convertirse significa, por tanto, no perseguir el éxito personal, que es algo que pasa, sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor para que Jesús se convierta para cada uno, como le gustaba decir a la beata Teresa de Calcuta, en «mi todo en todo». Quien se deja conquistar por él no tiene miedo de perder la propia vida, porque en la Cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, al perder por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar.

o **C. En el evangelio (Juan 8,1-11): “Vete y a partir de ahora no peques más”.**

“9 quedó Jesús solo, y la mujer, de pie, en medio. 10 Jesús se incorporó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? 11 ¿Ninguno te ha condenado?» Ella respondió: «Ninguno, Señor». Le dijo Jesús: «Tampoco yo te condeno. Vete y a partir de ahora no peques más».

- **Vete y no peques más: el contraste entre el pasado y el futuro.**

- Para ver la unidad de los textos de la liturgia de hoy, nos paramos a reflexionar en “Vete y a partir de hoy no peques más”
- **Ravasi o.c. p. 96:** “También en este caso tenemos un contraste entre el pasado y el futuro. La mujer tiene un pasado con un asunto de adulterio, el trauma de haber sido cogida en flagrante, el riesgo – apenas evitado – de la muerte por lapidación. Jesús le da una mano para salir del abismo y avanzar hacia el futuro de la pureza, de la vida nueva, del amor fiel. Para la mujer se abre delante un nuevo itinerario hacia el que se encamina, acompañada por la salvación que Cristo le ha ofrecido.

La conversión, tema típico de la cuaresma, es en toda la Biblia un cambio de ruta, una separación del pasado tenebroso, una laceración de una historia precedente de pecado. La religión de Homero era sustancialmente una vuelta al pasado: Itaca es en cierto sentido el símbolo de la edad de oro hacia la cual nos devuelven con nostalgia los mitos griegos. La religión bíblica, por el contrario, es un camino hacia el futuro,

hacia lo desconocido luminoso del Reino de Dios que está «germinando» ya ahora pero que brotará en el «después», en la plenitud.

Salgamos pues de nuestro caparazón, hecho de hábitos y de vicios; abandonemos la oscuridad en la que nos encontramos; busquemos el camino de la luz y de la vida, mucho más exigente y severo, pero también mucho más apasionante. Ciertamente, el miedo de lo nuevo está siempre emboscado, como se dice en el «Taller del orfebre», el drama juvenil de K. Wojtyła, el futuro Juan Pablo II: «No hay esperanza sin miedo y miedo sin esperanza». Sin embargo nunca estaremos solos en el camino de la conversión: «No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para salvarte» (Jeremías 1,8)».

2. Aspectos de la conversión en algunos números del Catecismo de la Iglesia Católica.

- n. 1490: El movimiento de retorno a Dios, llamado conversión y arrepentimiento, **implica** un dolor y una aversión respecto a los pecados cometidos, y el propósito firme de no volver a pecar. La conversión, por tanto, mira al pasado y al futuro; se nutre de la esperanza en la misericordia divina.

- n. 2018: La justificación, como la conversión, presenta dos aspectos. Bajo la moción de la gracia, **el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado**, acogiendo así el perdón y la justicia de lo Alto.

- n. 2019: **La justificación entraña** la remisión de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior.